

son los fusiles lisos, de calibre 12 á 14. Forsyth recomienda el uso de la carabina de calibre 12, con bala explosiva. Muchos cazadores, entre ellos Greener, prefieren las excelencias de la carabina Express, 450 (11 mill. 25).

En la batida del tigre que huye, el cazador no puede detener al elefante para apuntar, y entonces el balanceo de su peso priva al cazador de asestar bien el tiro; cuando el tigre está inmóvil, el cazador pronuncia la palabra *Dalt*, y el *cornac* ó guía toca con su *aukas* la frente del

elefante, y éste permanece inmóvil hasta que el cazador ha disparado.

El elefante que yo montaba en una de mis cacerías de la India estaba tan bien amaestrado, que al oír mi voz permanecía cuatro ó cinco minutos inmóvil como una estatua.

Por lo que atañe al traje del cazador de tigre, suele componerse de chaquetón de tela de un color oscuro, y de pantalones cortos tejidos en la India, llamados *Knickerbockers*, que ofrecen gran resistencia y duración.



CAPÍTULO II

LAS GRANDES Y PEQUEÑAS MONTERÍAS DEL TIGRE



ESCRITO ya el brillante escenario donde se destacan vigorosamente el hombre y la fiera; toca ahora narrar algunas de las grandes ca-

cerías, llenas de vida y color, que se realizan en aquel maravilloso país.

Un día de caza en el Don al pie del Himalaya, en la estación más propicia, montados sobre elefantes, es seguramente el bello ideal de una cacería bajo el ardoroso Sol de los trópicos. Una batida á los tigres con semejante aparato ofrece seductor espectáculo venatorio, digno del pincel de Pertuiset. Los cazadores se cuentan por centenares, desdennan las piezas pequeñas de pelo y de pluma, y desde el punto en que un movimiento y una ondulación en los matorrales denuncian la presencia del tigre, un diluvio de balas cae sobre la fiera; y si

ésta queda herida, el tigre, furioso, se enrosca primero, y cae después sobre el elefante que encuentra más próximo, el cual se apodera del felino con la trompa y lo oprime con sus anillos cual pudiera hacerlo una culebra colosal. El guía del elefante hace una señal convenida, y los cazadores se disponen á descargar de nuevo sus escopetas.

Aquel es un momento crítico que no puede describirse con la pluma. Es preciso presenciarlo para comprender su solemnidad y terrible grandeza.

El elefante se mueve con tal violencia que perturba al más sereno cazador. Puede suceder que el tigre, aun mortalmente herido, hiera á su vez al enorme paquidermo que le tiene aprisionado. Entonces el elefante suele arrojarse al suelo para aplastar con su peso á la fiera, y fácilmente se alcanza el peligro en que semejante maniobra pone á los cazadores que van sobre el lomo del inteligente animal.

Por fortuna, los cazadores de tigres tienen el corazón firme, vista penetrante y la mano segura.

Una vez el tigre rueda inerte por el suelo, el elefante, olvidando el dolor natural que le causan las heridas recibidas en la lucha, deja oír su voz retumbante como un clarín de guerra, y entona la fanfarria de la victoria. Luego olfatea á su enemigo muerto, y, dándole vueltas

y revueltas con la trompa, saborea, por decirlo así, con delicia el triunfo.

En varios puntos de la India, donde la civilización ha desarrollado sus galas y esplendores, algunos príncipes indígenas cazan el tigre con gran bullicio, pompa y esplendor.

Moeckern describe una magnífica montería organizada por el Nabah Aoudh, compuesta de un verdadero ejército de peatones, soldados, jinetes, cañones, más de mil elefantes, y de un séquito sin fin de bayaderas, cantores, bufones, leopardos adiestrados para la caza, halcones y una nube de carros, camellos y caballos.

«Cobramos,—dice nuestro narrador,—gran número de piezas, y por fin descubrimos un tigre. Los rayos del mediodía caían aplomados sobre un valle estrecho, cubierto de matorrales espesísimos. Más de doscientos elefantes rodearon al felino. El tigre, oculto entre el follaje, rugía furiosamente. Avezado á la caza, dirigí el elefante que montaba en derechura al encuentro del animal, que se lanzó furioso sobre mí; pero el paquidermo volvió grupas, privándome de hacer fuego. Volví á la carga, seguí esta vez de cuatro ó cinco elefantes más. El tigre dió entonces un salto, rozando la espalda de uno de los elefantes, que dió tan fuertes sacudidas que arrojó al suelo los cuatro hombres que lo montaban. Durante un instante los juzgué perdidos, mas, no sé si por milagro ó por singular destreza, les vi levantarse y escabullirse por entre las patas de los paquidermos.

El Nabah, que durante esta escena se hallaba sobre un montículo, dió la señal para que yo forzase al tigre hacia su lado. Hice una tercera tentativa, y esta vez con mejor éxito.

Al acercarme lanzóse sobre mí el tigre, rugiendo de un modo espantoso y azotándose los costados con su cola.

Disparé y di en el blanco. Al sentirse herida la fiera, se retiró bajo un matorral, pero diez ó doce elefantes le obligaron á dirigirse hacia el Nabah y su séquito, que le hicieron un fuego graneado que dejó al tigre sin vida. Una prolongada aclamación «¡whu, whu!» proclamó la victoria y saludó al vencedor.»

Otro cazador, Carlos de Görtz, narra la montería organizada por un general en jefe del ejército de la India. La comitiva se compuso de cuarenta elefantes, ocho de ellos destinados á los cazadores. Cada elefante tenía una silla con espaldar de juncos, en que se acomodaron á su sabor los cazadores, y junto á esta silla otra más pequeña destinada á los criados que llevaban armas cargadas de repuesto. El *cornac* (auriga del elefante) iba montado en el cuello.

Los restantes treinta y dos paquidermos estaban destinados á dar la batida, y eran montados por tres ó cuatro indígenas cada uno.

Avanzaron en fila los cuarenta elefantes hacia el sitio donde los juncos y herbáceas tenían cinco ó seis piés de altura. La señal infalible de que el tigre vagaba por aquellos lugares, fué que los elefantes levantaron sus trompas, dejando oír un sonido parecido al de la trompeta, harto significativo, que es indicio seguro y de grave inquietud y zozobra. Harwey, el mejor tirador de la partida, y que había asistido á numerosas cacerías, buscó y halló la pista del primer tigre. No tardó éste en lanzarse contra la trompa del elefante, que permaneció quieto é inmóvil, y dió lugar á Harwey para disparar segunda vez contra el tigre, que cayó muerto. Se puso á la alimaña sobre la grupa del elefante, que lo recibió con manifiestas señales de gran repugnancia.

Los príncipes de Java adoran las grandes monterías del tigre; despliegan en ellas gran pompa y aparato, y son el obsequio con que brindan al extranjero de rango.

Los ingleses, señores de la India, cazan el tigre, y en menos de cuatro años han dado muerte á mil treinta y dos.

El cazador y el artista leerán con fruición las páginas del libro del coronel Rice (*Tiger Shootings in India*) describiendo unas cacerías al ojeo y á mano entre los junglares de la India.

El *Scha-kasi* ó cazador más inteligente iba delante á guisa de ojeador para descubrir la pista del tigre, oculto casi siempre entre el follaje. Seguía una cuerda de tiradores ingleses, provistos de escopetas de dos cañones, y junto á ellos numerosos criados diestros en cargar, con armas y municiones de repuesto. Tras ellos venían músicos con tambores, campanillas, cuernos y pistolas, alborotando los ecos con infernal ruido y algarrabía; y formaba la retaguardia un buen grupo de indígenas armados de lanzas y sables, y de honderos, que disparaban sin cesar piedras en todas direcciones.

A intervalos, un indígena trepaba en lo alto de los árboles para observar los movimientos del tigre á favor de las ondulaciones de las hierbas de los junglares.

Semejantes cacerías, mientras los cazadores forman apretada haz, no suelen ser muy peligrosas, pues el tigre, sólo forzado acepta la lucha con tan ruidoso ejército.

Pero cuando se halla herido, lleno de rabia y ciego, no mide ni cuenta el número de sus enemigos.

De suerte, que el jefe de semejantes cacerías ha de tener exquisito cuidado de evitar que sus hombres se dispersen á la menor señal ó indicio de triunfo.

En una de estas cacerías del coronel Rice, uno de

los picadores, impaciente al ver que ni el ruido, las piedras, ni los tizones encendidos, habían hecho salir al tigre de su guarida, se internó en la espesura sable en mano, y el animal no tardó en abalanzarse sobre él, hiriéndole horriblemente. Por fortuna, sus compañeros acudieron presurosos y el tigre soltó la presa y el cazador sanó después de las heridas.—Rice afirma haber muerto en sus cacerías, en menos de cuatro años, (1850-1854) 68 tigres, 3 panteras y 25 osos.

Cuenta Duntoh que varios europeos, unos cultivadores y algunos oficiales de un regimiento indígena, concertaron una partida de caza.

«Caballeros sobre elefantes,—dice,—salimos de Bombay, y apenas hubimos penetrado en la espesura, cuando la misma algazara y ruido movido por la comitiva levantó una tigre que, llena de furor, y con gran ímpetu, atacó la pri-



Las grandes monterías del tigre

mera línea de elefantes. Uno de los paquidermos, por demás novato en tales ejercicios, se alborotó, y á despecho de los esfuerzos del cazador que lo montaba volvió bruscamente grupas.

Saltar el tigre sobre el elefante, coger por una pierna al cazador, derribarle y colocarlo sobre su lomo, fué obra de un instante y no